

¿QUÉ ES UN SEMINARIO?

MICHEL DE CERTEAU

.....

UN CONVERSADERO

Un Seminario es un laboratorio común que permite a cada uno de los participantes articular sus prácticas y sus propios conocimientos. Es como si cada uno aportara el “diccionario” de sus materiales, de sus experiencias, de sus ideas, y que por el efecto de intercambios necesariamente parciales y de hipótesis teóricas necesariamente provisionales, le fuera posible producir frases con ese rico vocabulario, es decir “bordar” o poner en discurso sus informaciones, sus preguntas, sus proyectos, etc. Ese lugar de intercambios instauradores podrá ser comparado a lo que en el *Loiret* se llama un *cacareo*: una cita semanal en la plaza mayor, laboratorio plural, en donde los “pasantes” se detienen el domingo para producir, a la vez, un lenguaje común y discursos personales. Un Seminario consiste también en una política de la palabra, sobre la que volveremos más adelante. Pero con relación al “conversadero”, el Seminario presenta esta diferencia que no es *la* cita del palabreo,^{*} sino sólo *un* lugar de lenguaje, entre muchos otros, en una red que ya no implica una plaza mayor ni un centro.

De esta forma, los efectos de producción discursiva que engendra no son más que tangenciales en relación con la riqueza proliferante y silenciosa de los viajeros que se detienen un rato en esta estación. Me parece que la primera tarea en un Seminario es la de respetar lo que no se dice, y más aún, lo que sucede allí *sin que lo sepamos*, y moderar las ganas de articular, de empujar, de coordinar uno mismo las intervenciones de cada quien: ellas

* N. T. Alude al doble sentido de *caqueter* en francés: cacarear, para las aves de corral, y para la charla de los seres humanos.

** N. T. En francés, “*palabre*” remite al uso lento y socialmente respetado del intercambio colectivo de palabras sobre un tema importante en una aldea africana.

vienen de demasiado lejos para poder ser interpretadas; van demasiado lejos para ser circunscritas a un “lugar común”.

Si el “conversadero” de París VII crea acontecimientos, como tú decías, es probablemente porque buscamos, y por mi parte yo busco “tenerlo” (como se “tiene” una dirección) entre dos maneras de dar a un Seminario una identidad repetitiva que excluye la experiencia del tiempo: una, didáctica, supone que el lugar está constituido por un discurso profesoral o por el prestigio de un maestro, es decir por la fuerza de un texto o por la autoridad de una voz; la otra, festiva y cuasi extática, pretende producir el lugar por el mero intercambio de los sentimientos y las convicciones, y finalmente por la búsqueda de una transparencia de la expresión común. Ambas maneras suprimen las diferencias al trabajar en un colectivo —la primera aplastándolas bajo la ley de un padre, la segunda borrándolas de manera ficticia en el lirismo indefinido de una comunión casi maternal—. Son éstos dos tipos de unidad impuesta, uno demasiado “frío” (puesto que excluye la palabra de los participantes), el otro demasiado “caliente” (excluye las diferencias de lugares, de historias y de métodos que resisten al fervor de la comunicación).

La experiencia del *tiempo* comienza en un grupo con la explicitación de su pluralidad. Es necesario reconocerse diferentes (de una diferencia que no puede ser superada por ninguna posición magisterial, por ningún discurso particular, por ningún fervor festivo) para que un Seminario se transforme en una *historia* común y parcial (un trabajo sobre y entre diferencias), y para que la palabra se vuelva el instrumento de una *política* (el elemento lingüístico de conflictos, de contratos, de sorpresas, en suma, de procedimientos “demo-cráticos”).

Ciertamente nuestro Seminario ha conocido momentos de euforia comunicante o de “dinámica de grupo”, y también momentos en los que venía el pedido de que, desde mi lugar particular, situara y recogiera, en un discurso, las intervenciones de los participantes. Si bien es normal que ello suceda, no debe ser la norma, pues ella comprometería lo que, en un grupo, puede ser experiencia *política* de la palabra (relaciones discretas de fuerzas), creación de *acontecimientos* en el tiempo (“nacimientos”, gracias a la relación con el otro) y producción de un lenguaje *dialogal* (una comunicación relativa a diferencias mantenidas) —tres elementos que se dan de manera conjunta.

Mi posición sería, más bien, de explicitar mi lugar particular en vez de camuflarlo bajo un discurso supuestamente capaz de englobar a los otros, de ofrecer la mayor cantidad de efectos posibles, teóricos y

¿QUÉ ES UN SEMINARIO?

prácticos, a la discusión del grupo, y recíprocamente reaccionar a quienes intervienen, con un modo interrogativo que los incite a decir su diferencia y a encontrar en las sugerencias que yo puedo hacer el medio de formularla más fuertemente. Los “modelos” teóricos propuestos tienen por función recortar unos *límites* (la particularidad de mis preguntas) y hacer posibles unas *desviaciones* (la expresión de experiencias y de otras preguntas). Por allí comienza el trabajo común que crea acontecimientos: una serie de diferenciaciones permite a cada uno especificar, paso a paso, su propio camino en la masa de informaciones intercambiadas.

TRABAJOS PRÁCTICOS

¿Qué es un Seminario, en el fondo?, ¿qué fue el nuestro?, ¿cómo pensar nuestra práctica? Oscilando entre la historia de lo que ya hemos hecho y la utopía de lo que restaría por hacer, zigzagueando en este entre-dos, quisiera sólo determinar algunos puntos que, sobre el mapa, son las referencias de nuestro viaje.

1) Parto del postulado de que, en lo que concierne a nuestro trabajo, la Universidad no es más *el* lugar ni siquiera *un* lugar de investigación. Ella no es, para ninguno de nosotros, el campo de una confrontación técnica y profesional con un real, ni el objeto de implicaciones políticas, intelectuales o amorosas. En nuestro grupo, las prácticas efectivas de cada uno se despliegan fuera de París VII. Por el contrario, en el espacio público y marginal en que se ha convertido la Universidad, regularmente pueden efectuarse encuentros, capaces de apartarnos de los diferentes lugares de donde venimos y donde trabajamos. Dicho de otra manera, un Seminario puede producir maneras de tomar distancia respecto de nuestras tareas y posibilidades de volver a ellas de otro modo. En el trabajo de cada uno, él abre una puerta de salida y de entrada. Es una suerte de *bastidor* que cambia discretamente el o los lugares de nuestras prácticas efectivas en *escenarios* de los cuales podemos apartarnos para pensar y revisar la acción. Ella permite, así, un trabajo de bordes (sobre los bordes). Ese bastidor no sabría convertirse en un doblete especular de los lugares habitados, en un espacio en donde podrían ser proyectados y expresados: no es el revés ni el espejo de la escena, sino un margen que hace posible algunas operaciones correctoras sobre el texto. Menos aún, es un lugar autónomo en donde un saber podría construirse en paz. Ella sólo introduce *algo de juego* en la opaca normatividad de los lugares de trabajo.

Este juego de (y sobre los) lugares abre un espacio crítico. Tiene una doble condición de posibilidad: a) para no convertirse en un señuelo, en espectáculo ilusorio, en simulacro de saber, la práctica del grupo debe estar determinada por la elaboración de sus relaciones con su “exterioridad”, o más bien por su situación de no ser más que un procedimiento de salidas y de entradas relativas a localizaciones sociales, profesionales, familiares, etc.; b) pero él “mantiene” esta noción de distancia crítica por el cruce de las experiencias que entran y salen de allí, es decir, por un trabajo de confrontaciones entre investigaciones que el Seminario no crea. Dicho de otro modo, los discursos del grupo están definidos, a la vez, por el hecho de estar *separados* o privados de las prácticas y de los lugares que analizamos juntos, y por una *práctica de la palabra*, por una gestión común de nuestros intercambios socio-lingüísticos.

2) En este lugar retirado (esta sala de trabajo, casi insular, en el 5o. piso de París VII), ¿cuáles eran o cuáles pueden ser nuestras prácticas?

Generalmente hablando, ellas tienen por característica conservar en este sitio su rol de ser un lugar de *tránsito*. No tienen por finalidad construir un saber con las piedras aportadas por cada uno y edificar así un lugar *propio*. Por el contrario, al modo de los intercambiadores en las rutas o de *shifters* lingüísticos, son los procedimientos de “pasajes al otro” o alteraciones. Ellos apuntan a restaurar, en el lugar (supuestamente propio y limpio) del saber, sus relaciones con su contrario, que acarrea a la vez una *desapropiación* y una *suciedad*. En suma, ensuciamos el lugar “propio/limpio”, como los niños reintroducen su historia en el texto adulto puntuándolo con manchas y borrones. Sobre esta operación, hay un modelo proporcionado por Freud con el retorno de lo inhibido: en el lugar que se pretendió propio y “limpio” gracias a una eliminación del otro, he aquí que el expulsado reaparece como un espectro que altera, “ensucia” y anda en los lugares. Este modelo sirvió de punto de partida a nuestro Seminario de este año, pues él supone cantidad de implicaciones que cuestionan suertes diversas de lugares propios (el lugar propio del sujeto de saber con relación al objeto estudiado, el lugar propio de una cientificidad con relación a las prácticas sociales o literarias, etc.), y permite analizar los retornos del otro al lugar mismo que se había creído propio. Dos momentos de este proceso están,

* N. T. En inglés en el original.

** N. T. *Propre* en francés significa *propio* y *limpio*. Ese doble sentido del lugar lo emplea Certeau a lo largo de todo el texto.

además, netamente articulados; por una parte, una distinción o separación entre lo propio y lo no-propio; por la otra, la mezcla y como la “bastardía” de lo que pasa en el espacio adonde llegan los espectros que no deberían encontrarse allí.

Nuestro método podría tener por fundamento una teoría de la bastardía. Y no porque tenga por finalidad trasgredir y atravesar las fronteras establecidas. Se trata más bien de dar cuenta de lo que se produce efectivamente: la implicación del sujeto en su estudio, el retorno de la ficción en la cientificidad, la porosidad entre los procedimientos “técnicos” y las maneras de hacer “comunes”, las ambivalencias de los lugares, etc. Fenómenos de tránsitos, de combinaciones, de relaciones entre elementos diferentes en el mismo espacio, etc., requieren ser analizados por ellos mismos, a fin de que una teoría explicita las reglas y los modelos conformes a lo que es realmente la experiencia de la investigación. Hay que encontrar un *rigor* proporcionado a esta “mixidad” o bastardía de hecho, y dejar de yuxtaponer a la experiencia de trabajo una definición onírica y atópica de campos propios y “limpios”.

En la práctica del Seminario, se ponían en evidencia procedimientos de análisis y modos de interrogación que habría que especificar: la alternancia entre las sesiones dedicadas a *conferencias* sobre modelos teóricos y las sesiones reservadas a *relatos* o historiografías de investigaciones concretas (ello permite efectos de unas sobre las otras sin confundirlas); el privilegio acordado a la *narratividad* como instrumento de análisis, en cuanto ella es una imbricación de datos observados y de implicancias subjetivas y también la combinación de una teoría explicativa referencial y de sus excepciones; el examen de los conflictos de *poder* implicados en los intercambios de *palabras*; la explicación de la historia (una pluralidad de estratos en interacción) que está replegada en un mismo lugar, y que hace en realidad de todo *lugar* una experiencia ambivalente del *tiempo*; la heterogeneidad en el acto de *enunciación* y el sistema de *enunciados* en donde se produce, etcétera.

Todos estos modos nos remiten al objeto de nuestra investigación. Es que las prácticas de nuestro análisis no pueden ser heterogéneas a las prácticas socioculturales que estudiamos. Al menos esta posición de principio está ligada al hecho que el Seminario no constituye un lugar “propio” y que los procedimientos de la investigación no son fundamentalmente distintos de los procedimientos o de las “maneras de hacer” comunes. Sólo desde el punto de vista metodológico era importante que el Seminario viajara fuera de París VII —como lo hemos hecho, por ejemplo, encontrándonos en otros diversos lugares— o que hubiera exceso de reuniones, no previstas por el

calendario universitario. Además de que esas “salidas” permitían experiencias más concretas e intercambios más libres, rompían la ficción seductora de un lugar y un tiempo propios. Explicitaban o restauraban la relación de nuestro trabajo con su “exterioridad”. Al atravesar la frontera artificial entre las prácticas de un Seminario y otras prácticas que en principio están excluidas de él (comer, beber, charlar sobre la historia personal invertida en un trabajo, hacer una experiencia de red local en la que se inscribe una investigación, etc.), ellas nos facilitaban una elucidación recíproca de nuestras “maneras” de estudiar y de las maneras de hacer que nosotros estudiábamos. Nos quitaban así la ilusión de una especificidad científica que se sostiene, en gran parte, por el mero hecho de reunirse en un lugar universitario y estimulaban, por la percepción de aspectos desatendidos, la exigencia de analizar la complejidad intrincada de las prácticas más simples.

3) En cuanto a esas *prácticas socio-culturales*, objeto del Seminario, no designaban, evidentemente, comportamientos objetivos, sino *operaciones* transformadoras: *maneras* de leer (de producir sentido al atravesar un texto), de enunciarse en un idioma que no es el propio, de maquillarse (de hacerse un rostro con el código de las simulaciones sociales), de organizarse trayectorias en un orden urbano construido, de “dar golpes” en el *imbroglio* de una política local o de un sistema familiar, etc. Cada una de esas prácticas es un arte de jugar en un espacio impuesto (un orden) y con una coyuntura (“oportunidades”). He denominado *tácticas* a esas maneras de “dar vuelta” a los datos impuestos por un sistema dominante y de crear allí un juego con otras combinaciones temporales. Las distingo de las *estrategias*, que definen la capacidad de aislar un lugar autónomo de poder, de explicitar un querer propio y de calcular relaciones de fuerza con un “ambiente” distinto. Nuestro propósito era analizar esas tácticas, manipulaciones inestables de relaciones estables, astucias ligadas a un no-poder y al instante, operaciones complejas basadas en un “olfato”, y preguntarnos cuáles modelos teóricos y qué tipos de escritura pueden dar cuenta de ellas. Pregunta tanto más importante cuanto que esas “tácticas” constituyen la inmensa mayoría de las prácticas sociales, y cuanto que la observación científica no retiene, a menudo, más que lo que se conforma a sus esquemas operativos, supuestamente más racionales y en todo caso simplificadores.

Surgido de investigaciones sobre la cultura popular y el funcionamiento efectivo de las representaciones, este trabajo plantea numerosas cuestiones: la creatividad de los “consumidores”, poetas y artistas desconocidos; la relación de ese arte de “dar golpes” mediante el sistema dentro

¿QUÉ ES UN SEMINARIO?

del cual él se desarrolla; la homología con las “acciones puntuales” sociales y políticas; la experiencia del tiempo que implica una pertinencia del instante en esas tácticas; la relación de esas astucias con los lugares donde ellas se producen y que se puede analizar como rompecabezas de fragmentos estratificados que juegan unos sobre otros; la función de esas tácticas, susceptibles de ser consideradas como articulaciones operacionales entre sistemas (codificaciones producidas) y cuerpos (lugares opacos de determinismos, de necesidades y de gozos); las revoluciones silenciosas que produce esa actividad hormigueante, etc. Pero todas estas cuestiones componen el bochinche de nuestro conversadero.

LUGARES DE LA INVESTIGACIÓN

Por otra parte, es necesario señalar que, con relación al Centro Nacional de Investigación Científica* [CNRS, por sus siglas en francés] o a otras instituciones, a menudo constituidas en campos encerrados entre paredes de una erudición para privilegiados, sin responsabilidad social y sin relaciones regulares con el flujo creciente de investigaciones de los estudiantes, las universidades ofrecen espacios de confrontaciones permanentes con demandas e innovaciones que los “investigadores” patentados ya no perciben. Me siento a gusto en París VII a causa de ello. A las grandes escuelas “familiares” o a las estructuras insulares de la investigación, *homes*** para una *intelligentsia* finalmente tranquila en su casa, yo prefiero estos lugares universitarios (además, lentamente proletarizados respecto a la elite que vive en frente): aquí es posible una colaboración viva con todos aquellos que, aunque su presencia ya es por sí misma una selección, llegan como viajeros a los anfiteatros con exigencias, experiencias y ambiciones venidos de todas partes, desde muy lejos. Es cierto que la “misericordia” alcanza esos lugares. Pero por esta misma razón, probablemente, el intelectual puede encontrar en esta colaboración otra figura social y otro papel técnico, mucho más que en las células con aire acondicionado desde donde se juzga, con altura, la degradación de las universidades.

Dicho esto, las universidades no sabrían ser transformadas en casas cerradas del saber o de un poder del saber. Por otra parte, hace ya

* N. T. Institución nacional que dirige la investigación pública en toda disciplina.

** N. T. En inglés en el original.

mucho tiempo que, al menos en las Unidades de Estudio e Investigación (UER) de ciencias humanas, lo saben los estudiantes y buen número de docentes. Lo decíamos a propósito de un Seminario particular; se trata más bien de buscar cómo el trabajo que allí se hace, público y marginal, puede articularse sobre el conjunto de las prácticas sociales. Esta conexión resultará de limitantes económicas, de experiencias científicas y de confrontaciones políticas. Para terminar, subrayaré sólo tres puntos que se desprenden de nuestra investigación particular.

a) Un trabajo teórico y técnico (la crítica ideológica no basta) debe combatir el corte *social* sobre el cual se articula la constitución de campos intelectuales “propios”: la separación entre lo que es “científico” y lo que no lo es. Así, el análisis de las prácticas o “maneras de hacer” tal como lo emprendimos, muestra, de un lado y del otro de esta frontera, la presencia del mismo tipo de “tácticas”: aquí y allí, las mismas astucias “ocasionales”, las mismas maneras de decir otra cosa que lo que se hace, los mismos “golpes” relativos a una coyuntura y a unos destinatarios, etc. Pero la apariencia de las instituciones científicas (y todas las iniciaciones necesarias a una agregatura) *hace pasar* las prácticas internas por cualitativamente superiores a las prácticas “externas” y protege esta diferencia. Quizá en esta perspectiva y a pesar del terrorismo primario al que dio lugar el asunto de Lyssenko, haya que volver al principio inicial de la “ciencia proletaria”: a saber que hay una ciencia de las prácticas en el obrero o en el ama de casa tanto como en el investigador, y que no se puede jerarquizar su competencia según criterios sociales.

b) El trabajo de devolver su legitimidad socio-cultural y de dar estatuto teórico a esas “maneras de hacer” comunes de alcance político, en la medida en que ello contribuye a proveer referentes a una acción colectiva. La concientización política de experiencias sociales reducidas por largo tiempo al silencio, ha tenido siempre como condición de posibilidad la producción de análisis técnicos, de explicitaciones teóricas y revalorizaciones simbólicas. Así ha sido para las culturas oprimidas o para conductas reprimidas. Desde este punto de vista, nuestra investigación, ligada a otras, no es directamente, sin duda alguna, una acción política, pero ella le prepara los instrumentos. Se inscribe necesariamente, por otra parte, en una red de compromisos políticos previos y conjuntos.

c) Por su objeto preciso como por sus perspectivas, este proyecto no sabría circunscribirse a un lugar universitario. Implica un juego sobre una pluralidad de lugares. El pasaje periódico por una escala universitaria no representa más que una puntuación de momentos críticos en el texto

de nuestras actividades sociales. Esta operación universitaria no puede, me parece, ser “mantenida”, en su función marginal, por la sola autocrítica ni por la sola elucidación de sus necesarios vínculos con las experiencias que la atraviesan de tanto en tanto; le es necesario relacionarse de un modo más estructural con lugares de acción y con colectividades efectivas. Habría que apuntar a relaciones más estrechas entre unidades universitarias y núcleos sociales fuertemente implantados —unas, más abiertas, los otros más estables. No por una confusión de géneros, que es siempre nefasta, sino con miras a conexiones para el mantenimiento de las diferencias. Ya hemos hablado a propósito de relaciones posibles entre la UER de etno-antropología y otros lugares. Hay muchas otras fórmulas. Si, como lo creo, la teoría se aloja siempre en un apartado respecto de la institución, encontrará, por esta estructura plural, su condición de posibilidad.